

XV

S.M./C8/24

# DON QUINTÍN DE CASCARILLA

SM  
SM  
C<sup>a</sup>8  
24

## EXTRAVAGANCIAS DE AMOR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

### JUAN FÁBREGUES Y SINTES



MAHÓN

Imprenta de Bernardo Fábregues

1894.

460-60-7



# DON QUINTÍN DE CASCARILLA

Ó EXTRAVAGANCIAS DE AMOR



1057015  
SM C<sup>a</sup>8 24

Obsequio á la Biblioteca Pública de  
Nación. año 1874.

El Autor  


---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en las naciones en que se hable nuestro idioma.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

---

86-2

FAB

# DON QUINTÍN DE CASCARILLA

ó

## EXTRAVAGANCIAS DE AMOR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

### JUAN FÁBREGUES Y SINTES



MAHÓN

Imprenta de Bernardo Fábregues

1894.

B-494A

B-494A



A MI DISTINGUIDO PAISANO

EL AGTOR CÓMICO

**DON JUAN BALAGUER**

digno discípulo del ilustre MARIO

A usted, mi querido tocayo, dedico la presente comedia, guiado por el patriotismo y por el amor al arte de Thalia.

Si usted se digna aceptarla y representar el papel de protagonista, en la noche de su beneficio, no dudo del buen éxito de ella. Usted suplirá mis faltas, con sus rasgos artísticos y su vis cómica, y se verán mis más vehementes deseos satisfechos.

Recíbala, pues, con benevolencia, y como débil muestra del cariño y del entusiasmo que siento hacia usted, su admirador

*El Autor.*

## PERSONAJES



DON QUINTÍN

» TELESFORO

ENRIQUE

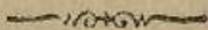
CARMEN

PERICO

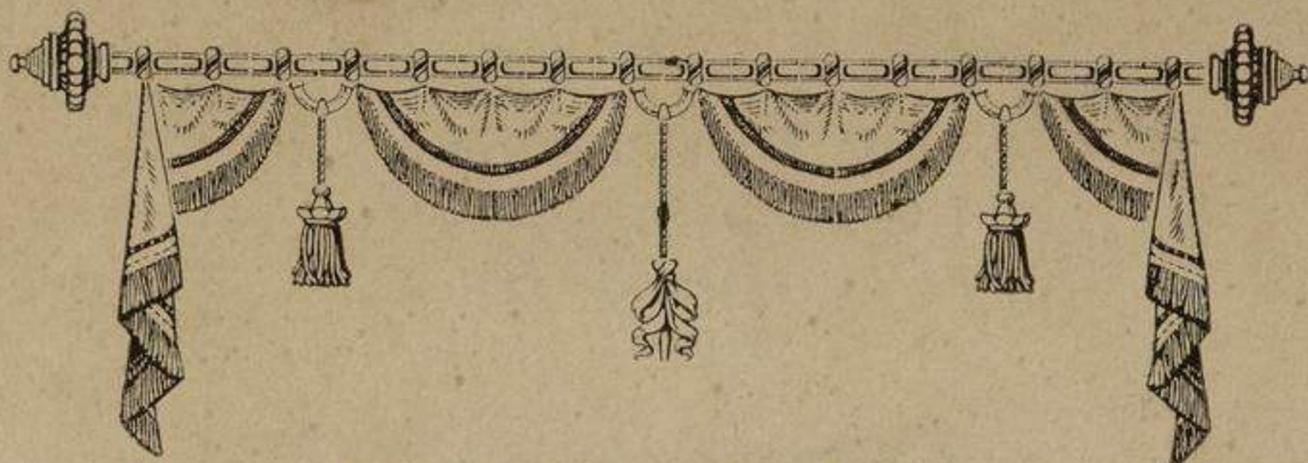
PEPA



La escena en la villa de Rejas, provincia de Madrid.—Época actual.—Derecha é izquierda la del actor.



**NOTAS.** Don Quintín, de 70 años, viste bata en el primer acto; va completamente afeitado, cejas teñidas y con peluca negra peinada con esmero.—Don Telesforo, de 60 años, viste traje negro de levita.—Enrique, joven distinguido.—Carmen, hija de Don Telesforo.—Perico y Pepa, criados de Don Quintín.—Las variaciones en los trajes y demás objetos, se advertirán oportunamente.



## ACTO PRIMERO



Comedor en casa de don Quintín, mobiliario antiguo, botellas, vasos, copas, etc.—Entre los cuadros que adornan la estancia, uno de 9×7 decímetros, pintado en papel grueso, figurando al óleo, situado al fondo, hacia la izquierda. Puertas al fondo y á ambos lados.—Un bastón.

### ESCENA PRIMERA

PERICO y PEPA, ocupados en arreglar y asear el aposento, teniendo en las manos él unos zorros y ella una escoba, cesando de trabajar al empezar el diálogo.

PERI. Tienes unos ojos, Pepa,  
que deslumbran como el sol.

PEPA Perico, fuera tontunas,  
no me hables sin ton ni son.

PERI. Si es porqué te quiero tanto...

PEPA No mientas, haz el favor.

PERI. Digo verdad, Pepa mía.

PEPA ¡Yo tuya! ¡jamás!

PERI. ¡Por Dios!

No me quites la esperanza,  
no marchites mi ilusión.

¡dime que me quieres, prenda!

PEPA ¡No me da la gana, ño!

PERI. Tu me harás desesperar

Pepa, que es grande mi amor.

PEPA ¿Y qué me importa á mí eso?

PERI. Mucho. Préstame atención:

Al verte, Pepa hechicera,  
siento un fuego abrasador  
que me quema las entrañas,  
que me destruye feroz...

PEPA Pues, me voy enseguidita  
para evitarte el dolor.  
No quiero que por mi causa...

PERI. No te vayas, mi pasión  
aunque aumente en tu presencia,  
es gratisimo su ardor,  
y me place, hermosa Pepa,  
escuchar tu dulce voz,  
ver tu esbeltísimo talle,  
tu mirar tan seductor,  
tu sonrisa angelical  
y tu todo tan gachón,  
vamos, niña, que me muero  
si tu me dices que no.

PEPA Si francamente me hablas  
y me tienes ese amor,  
no puedo mostrarme arisca,  
siendo buena tu intención.

PERI. No dudes, Pepa del alma,  
sabes que francote soy,  
y lo que dice mi boca,  
lo siente mi corazón.

PEPA Acepto, entonces, gustosa,  
tan señalado favor.

PERI. ¡Favor dices, Pepa mía!  
¡si es querencia, si es pasión!

PEPA Perico, tu vales mucho.

PERI. Eres tú, la nata y flor.  
¿Me quieres?

PEPA ¡Mucho te quiero!

PERI. ¿Aceptas mi pretensión?...

PEPA Sí, Perico, ya lo he dicho,  
y no me vuelvo atrás yo.

PERI. ¡Eres Pepita, mi estrella!

PEPA ¡Y tú, Perico, mi amor!

PERI. ¡Eres la chica más curra,  
de toda la población!

## ESCENA II

Sale DON QUINTÍN por la izquierda.

QUIN. ¡Hola, hola! ¡pues me gusta!  
¡Sois unos desvergonzados!  
¡pasar el tiempo en bobadas,  
sin pensar en el trabajo?...

PERI. Don Quintín...

PEPA Es que...

QUIN. ¡Silencio!

¡Me teneis ya muy cargado!

PERI. Escuche usted...

PEPA Por favor...

QUIN. ¡Callarse! ¡Háse visto zánganos  
como estos chicos, jamás!

PERI. Señor...

QUIN. ¡Lejos de mi lado!

PEPA Si nos quisiera atender...

QUIN. ¡Por una legión de diablos!  
¡Idos á vuestros quehaceres!

PERI. Pero...

QUIN. ¡A fuera gahnápiros!

*Vanse cabizbajos y pausadamente.*

¡Perico, Pepa, venid!

¡Venid y dadme un abrazo!

PERI. Dispéñseme usted...

PEPA Dispense...

QUIN. ¡Vaya, ya estais perdonados!  
Perico, ¿qué ha sucedido?

PERI. Pues, ya verá... Ha sido el caso...

QUIN. Habla claro y con franqueza,  
que te escucho con agrado.

PERI. Hace tiempo, don Quintín,  
que locamente idolatro  
á Pepa, esta picaruela,

cuya gracia y cuyo garbo,  
valen más, remucho más  
que el Escorial, que Palacio;  
que parece por lo hermosa  
á la Virgen del Rosario,  
esa del altar que tiene  
tan pequeñas las manos  
y los pies tan menuditos,  
los ojos como dos astros,  
y que tiene...

QUIN. Basta, basta;  
Al grano, Perico, al grano.

PERI. A ello voy. Cuando usted entró  
y nos reprendió enfadado,  
acababa de expresarle,  
mi amor, á boca de jarro.

QUIN. ¿Qué le contestaste, Pepa?

PEPA Que si su querer no es falso...  
corresponderé gustosa...

QUIN. Y tú. ¿qué le has replicado?

PERI. Que mi amor es verdadero  
y que aceptara mi mano,  
y al fin, convencida Pepa,  
¡me ha dado el sí!

QUIN. ¡Muy bien! ¡bravo!  
Yo protejo vuestro amor,  
porque lo creo acertado.

PEPA Mil gracias.

QUIN. No las merece.

PERI. ¿Que no las merece?... vamos...  
¡Si V. es digno por lo bueno  
de llevar corona y manto.

QUIN. Agradezco tus palabras.  
Pepita, vé á prepararnos  
el almuerzo, que ya es tarde.

PEPA Voy, señor.

PERI. ¡Olé tu garbo!

*Vase Pepa por la derecha.*

### ESCENA III

Dichos, menos PEPA.

QUIN. Perico, estoy muy contento,  
de que te hayas decidido  
á casarte con Pepita.  
Yo lo celebro infinito.  
Y si seguís siendo buenos,  
aunque tengais muchos hijos  
vivireis siempre á mi lado,  
y mi fortuna, Perico,  
será para tí, si muero  
contento de tus servicios.

PERI. Es usté el hombre más santo  
y mejor que he conocido,  
y juro que mientras viva  
le profesaré cariño.

QUIN. Se que eres un buen muchacho  
y que siempre me has querido,  
por lo que no es de extrañar  
que te ame como á un hijo,  
como tal te considero  
y te reprendo, Perico.  
Escucha pues mis consejos  
que la experiencia en sus giros  
y sus mil calamidades,  
me ha enseñado con su libro.

PERI. Le escucho ansioso, señor,  
don Quintín, soy todo oídos.

QUIN. Espera: voy á inspirarme  
con una copa de vino;  
y tu también toma otra,  
de inspiración la testigo.

PERI. ¡Con qué... salud y pesetas!

QUIN. ¡Y felicidad, chiquillo!  
¡Ejem!... Pues el caso es...  
¡Inspiración! ¡un traguito!

PERI. ¡Señor, un traguito! ¡vaya,  
qué delicioso, qué rico!

QUIN. ¡Nunca puede ser buen padre  
quién haya sido mal hijo,  
y el que de soltero es malo,  
malo será de marido.

PERI. Es usted un pozo de ciencia.

QUIN. No me interrumpas. Pues, digo,  
que el que empieza siendo bueno,  
acaba siempre lo mismo.  
Si tu te casas mañana,  
procura ser siempre digno  
de tu amantísima esposa,  
de tus hijos, de tus hijos.  
y á falta de tu buen padre,  
de tu amo tan querido.  
Se afable, se cariñoso,  
no te crees enemigos,  
no busques en casa ajena  
los placeres prohibidos;  
se de virtudes ejemplo,  
defensor del cristianismo,  
y te verás imitado  
por tu mujer, vuestros hijos,  
si es que llegais á tener,  
no conocerán los vicios,  
y te morirás de viejo,  
si te conservaras vivo,  
co'mado de bendiciones,  
y de todos muy bien quisto.

PERI. Don Quintín, este relato,  
de veras, me ha enternecido,  
y le prometo que siempre  
seré obediente y sumiso.

QUIN. No lo tomes tan á pecho;  
bebe otra vez un traguito,  
y ve á ver si Pepa tiene  
el almuerzo prevenido.

PERI. ¡Salud!

QUIN. ¡Y felicidad  
completa, caro Perico!

PERI. ¡Qué viva usted don Quintín,  
por los siglos de los siglos!

QUIN. ¡Amén!

*Vase Perico por la derecha.*

## ESCENA IV

DON QUINTÍN solo.

Es un buen muchacho,  
un chico que vale prendas,  
y le profeso un cariño,  
mayor aun que á las pesetas.  
Nada, nada, si se casa,  
viva aquí con su gacela;  
no quiero que se separen  
de mi lado; por mi queda  
el arreglo de la boda.  
Será día de gran fiesta  
el día que se celebre.  
Yo me pondré la chistera,  
el casaquín... ya veremos  
si se me ocurre una idea...  
En fin, cuando llegue el caso,  
haré todo cuanto pueda.  
Solo de pensarlo, envidio  
á la dichosa pareja,  
me da ganas de casarme,  
ningún disparate fnera!  
Porque yo, aún soy joven,  
puesto que, según mi cuenta,  
cumplí los setenta años  
el día de santa Tecla;  
tiempo que feliz pasé  
y transcurre mi existencia  
tranquila y alegremente,

y mi cuerpo se conserva  
fresco, robusto, garboso,  
con soltura y gentileza.  
Y creo sería fácil  
hallar una bella Elena  
que cargara con mis huesos,  
digo, yo, que me quisiera,  
y derecho los dos  
iríamos á la iglesia,  
¡y aquí paz y después gloria!  
Consultaré en mi cabeza  
este asunto algo escabroso...  
Si encontrara quien reuniera,  
la candidez natural  
á la más pura inocencia,  
y se arrojara á mis brazos...  
¡ángel de sin par belleza!  
y conmigo se casara...  
fuera mi dicha completa.  
¡Ay! ¡qué emocionado estoy!  
¡Oh, amor! ¡cuán tarde empiezas!  
¡Más vale tarde, que nunca!  
¡Nunca es tarde cuando llega!  
Voyme á mi cuarto y allí  
pensaré lo que convenga.  
¡Vivan las mozas de garbo!  
¡Chachipé! ¡alza, morena!

*Vase por la izquierda.*

## ESCENA V

ENRIQUE, luego PERICO.

ENRI. ¡Calle! no hay nadie. ¡Perico!

PERI. ¡Voy!

ENRI. ¡Despacha, hombre!

PERI. ¡Al momento!

*Sale Perico.*

PERI. Dios le guarde, don Enrique.

ENRI. Mil gracias. Saber espero,  
si don Quintín está en casa.

PERI. Si señor.

ENRI. Vete corriendo  
à decirle que aquí estoy,  
que con él hablar deseo.

PERI. Voy don Enrique en seguida.

*Vase por la izquierda.*

## ESCENA VI

ENRIQUE solo.

Como recibe veremos  
don Quintín mi petición.  
Si accede, como yo creo,  
à la venta de su cuadro,  
será mi gozo completo,  
porque al fin, don Telesforo,  
mi viejo y futuro suegro,  
me concederá la mano  
de Carmencita, mi cielo,  
y en breve tiempo confío,  
felices nos uniremos.

## ESCENA VII

Dicho, DON QUINTIN y PERICO.

Este último, vase inmediatamente por la derecha.

QUIN. Buenos días don Enrique.

ENRI. Don Quintín, téngalos buenos.  
¿Qué tal de salud?

*Se dan las manos y se sientan.*

QUIN. Muy bien.

¿Qué se ofrece, caballero?

ENRI. No se si estará enterado,  
si no lo está usted, yo creo  
necesario hablarle, á fin

de conseguir mis intentos.

Pues... yo adoro á Carmencita.

QUIN. Y á mí, ¿qué me importa eso?

ENRI. Bastante. Ponga atención,  
que yo le explicaré luego  
lo que me ha traído aquí,

QUIN. Diga usted, que ya le atiendo.

ENRI. Esto es cosa de un minuto.

Pues, yo adoro...

QUIN. Lo sabemos.

ENRI. Por favor, no me interrumpa,  
porque así, no acabaremos.  
Ella, es la única hija,  
que es de bellezas, modelo,  
del militar retirado  
don Telesforo Sarmiento.

QUIN. ¡Mi gran amigo!

ENRI. Pues bien:

Fuí á su casa, con deseos  
de pedir la blanca mano  
de Carmencita.

QUIN. No veo  
donde va usted á parar.

ENRI. Ya lo verá. Pues, mi suegro,  
cuando le expliqué mi plan,  
se puso una fiera hecho,  
y me dijo á voz en grito.  
sobre poco más ó menos:  
—Usted no tiene experiencia,  
todavía es un mozuelo,  
quiero un hombre ya de edad  
para casarla. Así, espero  
que renunciará sin réplica  
á su atrevido proyecto,  
y reflexione usted más.  
no se devane los sesos,  
que á su edad, no debe el hombre  
pensar en el himeneo.  
Insistí yo, negó él;

- repliqué.
- QUIN. Pues, muy mal hecho;  
si mi amigo Telesforo  
le daba buenos consejos.
- ENRI. Sin saber lo que decía,  
hablé, supliqué...
- QUIN. ¿Y... Sarmiento?
- ENRI. Se puso muy caviloso,  
y tosiendo y más tosiendo,  
me dijo:—Ya que se empeña,  
á oponerme no me atrevo;  
más con una condición  
que le impongo desde luego.  
Amante de antigüedades,  
que son preciosos recuerdos,  
de los hombres, de las razas,  
de las artes, de otros tiempos,  
yo le tendré en gran estima,  
y le otorgaré al momento  
la mano de mi hija Carmen,  
muy gozoso y satisfecho,  
si adquiere el precioso cuadro  
del siglo décimo-sexto,  
pintado por un artista  
de reconocido mérito,  
que tituló su trabajo:  
«El apóstol san Tadeo.»
- QUIN. Este es mío.
- ENRI. Ya lo sé.  
Me dijo era usted su dueño,  
y que yo se lo comprara.
- QUIN. Pues don Enrique, yo siento  
decirle á usted, francamente,  
que desprenderme no puedo  
de esa joya inapreciable,  
digna de cualquier museo.
- ENRI. Pero, señor Cascarilla,  
¿no ve usted lo que yo pierdo?...
- QUIN. Y á mí, ¿qué puede importarme?
- Se levantan.*

¿puede usted obligarme á ello?

ENRI. No, pero usted considere...

QUIN. De veras, le compadezco.  
No insista usted, don Enrique,  
de ningún modo lo vendo.  
Es un cuadro tan antiguo...  
era de mi bisabuelo,  
por cuya razón lo guardo  
como un precioso recuerdo.

ENRI. Don Quintín... le estimaré  
me lo venda, se lo ruego.

QUIN. ¡Nada, nada! ¡ya lo he dicho!  
¡No lo vendo, no lo vendo!

ENRI. Si por mucho que pidiera...

QUIN. ¡Váyase usted, don dinero!

*Vase por la izquierda.*

## ESCENA VIII

ENRIQUE solo.

He quedado hecho una estatua...

Yo no se que hacer, ni puedo  
coordinar mis ideas.

En fin, estoy como lelo.

¿Si pudiera concebir  
algo para mi proyecto!..

¡Ni una idea se me ocurre!...

Mi situación no comprendo...

¡Si, estoy desesperado!...

El dolor me oprime el pecho;  
se me abrasan las entrañas...

¡cuánto padece un sediento!

Si yo le quitara el cuadro,  
se sospecharía luego...

No me importe que así sea;  
nada, nada, me lo llevo.

Pero, no; será mejor,  
para conseguir mi intento,

volver aquí disfrazado,  
y no seré descubierto.  
Oigo pasos, yo me voy;  
que aquí me vean no quiero.  
¡Don Quintín! ¡don Telesforo!  
¡Os desafío! ¡luchemos!

*Vase por el fondo.*

## ESCENA IX

Salen PERICO con el almuerzo que deja sobre  
la mesa; luego DON QUINTIN.

PERL. Don Quintín se halla en su cuarto.  
¡Don Quintín! ¡traigo el almuerzo!

*Mientras Perico arregla la mesa, sale don Quintin.*

QUIN. ¡Bravo, Perico, bravísimo!  
Veo está todo dispuesto.  
Di á Pepita que si quiere  
salir contigo á paseo,  
que mientras almuerzo yo,  
permiso os doy para ello.

PERI. ¡Ya lo creo si querrá!  
Tantas gracias.

QUIN. Bueno, bueno;  
idos pues y no tardeis.  
Cuidado con los tropiezos.

*Vase Perico por la derecha.*

## ESCENA X

DON QUINTÍN solo.

Estos sesos fritos, vaya,  
aunque frios, están buenos.  
¡Y qué ocurrencia ha tenido  
mi buen amigo Sarmiento,  
de exigir á don Enrique,  
la adquisición de este lienzo!...

¡Hasta ha llegado á enfadarme  
con sus súplicas y ruegos!  
¡Que tire por donde quiera,  
que no logrará su intento!  
Mas no lo hago por el cuadro,  
lo hago porque he resuelto  
casarme con Carmencita  
antes que llegue el invierno.  
Y mucho me he disgustado  
al saber que un rival tengo.  
¡Juro que me vengaré  
de don Enrique! ¡Veremos  
quién de los dos ganará,  
y quién podrá ser el dueño  
de esa bellísima virgen,  
digna de un marido regio!  
Yo que he leído el Tenorio  
y que he sabido hacer versos,  
conseguiré hacerme amar  
de la celestial Carmelo...  
Si no fuera mi caracter  
tan pacífico y sereno,  
no me hallara tan tranquilo;  
acaso estuviera enfermo.  
Bebamos una copita  
y el buen humor vendrá luego.  
El vino quita las penas,  
y aunque suele dar mareos,  
á un viejo conyerte en joven,  
y reparte en nuestro cuerpo  
sustancias tan saludables,  
que nos pone como nuevos.

¶ *Bebe otra vez, levántase y dice entusiasmado:*

¡Con Carmen me casaré!  
¡ese cachito de cielo,  
que derramará sus gracias  
en mi tiernísimo pecho,  
y entrará en mi corazón  
inflamado por el fuego,

por la sal, por la sandunga  
del amor y del salero!

## ESCENA XI

Dicho y DON TELESFORO por el fondo.

TELES. Felices, Quintín amigo.

QUIN. Telesforo, tenlos buenos.  
¿Quién había de pensar,  
que vinieras tan á tiempo?

TELES. Querido Quintín, estoy  
muy alegre y satisfecho  
de ser tan bien recibido.  
Toma un cigarro.

QUIN. Fumemos.  
¿Qué tal, mi buen Telesforo?  
¿qué me cuentas? ¿qué hay de nuevo?

TELES. Te voy ahora á explicar  
un asunto.

QUIN. ¿Sí? Sentémonos.  
Empieza á desembuchar  
por esa boca, ese cuento.

TELES. Si no es cuento, Cascarilla.

QUIN. Pues cuéntame sin rodeos  
lo que sea, y yo después  
te explicaré un pensamiento  
que ha acudido á mi mollera.  
Telesforo, pues...

TELES. Empiezo.

QUIN. ¡Bebamos antes!

TELES. ¡Bebamos!  
Tu sabes Quintín que tengo  
una hija casadera.

QUIN. Muy linda. Sigue diciendo.

TELES. Un mequetrefe la ronda.  
Por todas partes le veo;  
cuando acompaño á mi hija;  
siempre que salgo le encuentro.

Si miro por el balcón  
le veo en la esquina puesto  
como una estatua, mirando  
por si la ve salir luego.  
Vino el otro día á casa,  
y me dijo estaba muerto  
de amor por mi bella Carmen,  
hermoso ángel del cielo,  
querubín, estrella, sol,  
la flor y nata del pueblo,  
y otras mil simplezas más,  
que no son para recuerdo.

QUIN. ¡Bobadas y tonterías!

TELES. Yo para ella deseo  
un hombre de cierta edad,  
que por si acaso yo muero,  
le pueda servir de padre  
y de esposo al par.

QUIN. Entiendo.  
Bravo Sarmiento, muy bien,  
yo te aplaudo.

TELES. Gracias. Luego  
le dije yo lo que ahora  
te he referido, y espero  
que jamás se atreverá  
á importunar á Carmelo.  
Tanto y tanto suplicó,  
que á fuerza de tanto ruego,  
sacó de mi estas palabras  
Ya que es tan grande su empeño,  
si adquiere el precioso cuadro  
que conserva con esmero  
don Quintín de Cascarilla,  
y me lo cede, al momento  
la mano de mi hija Carmen  
le otorgaré satisfecho.  
Se lo dije porque sé,  
que esta halaja es un recuerdo  
que guardas de tu familia,

- y á nadie querrás cederlo.
- QUIN. ¡Jamás, Telesforo! á nadie se lo daré, ni lo vendo aunque me dieran por él un gran caudal de dinero. Si ya vino esta mañana aquí, tu futuro yerno, y tanto me importunó, que le despedí, Sarmiento.
- TELES. Muy bien Cascarilla amigo, te doy las gracias por ello.
- QUIN. No hay de qué, puesto que yo primero le pego fuego ó lo convierto en astillas, antes de darlo ó venderlo; y á Enrique menos que á nadie, porque con su plan funesto, me quita toda esperanza y destruye mis proyectos.
- TELES. Expílicate caro amigo: ¿qué piensas? ¿qué te has propuesto? dímelo, pues me interesa venir en conocimiento...
- QUIN. Voy pues á empezar ahora á expresarte el pensamiento, que me mantiene sumido en una pasión de fuego.
- TELES. Expílicate pues, Quintín.
- QUIN. Que lo esplico claro, creo, Pues el creer y el hablar forman un solo concepto. Amigo: ¡yo muerto estoy por el cuerpo sandunguero de tu bella Carmencita!

*Se levantan.*

TELES. ¡Qué escucho!

QUIN. Lo que yo siento.  
Y si tu me la concedes

la haré feliz.

TELES. ¡Ya lo creo!  
¡Vengan acá esos brazos!  
¡Aprieta, Quintín!

QUIN. ¡Aprieto!  
¡Amiguito Telesforo,  
me has llenado de contento!

TELES. ¡Tú me colmas de ventura!

QUIN. ¡Yo no quepo en mi pellejo!  
Ya dirás á Carmencita  
que con el alma la quiero,  
que por ella diera yo,  
el gran tesoro de Creso.  
Dile que dentro de un rato  
iré á verla, y como espero,  
no me negará su amor,  
siendo mi dulce embeleso.

TELES. Quintín, cumpliré tu encargo,  
y hacer por tí te prometo  
lo que sea necesario  
para lograr los deseos  
vehementes de tu alma  
y los míos, pues presiento  
que tu amor la hará feliz.

QUIN. Vaya, no puede ser menos;  
¡Si mi carácter jovial  
enamora hasta lo inmenso.  
Telesforo: antes de ir  
á hablar con ella, prefiero  
escribirle una cartita.

TELES. ¡Eres hombre de provecho!  
¡Bien Quintín, muy bien pensado!

*Se dan las manos.*

QUIN. ¡El triunfo será nuestro!

*Se abrazan.*

TELES. ¡Quintín, nuestra es la jornada!

QUIN. ¡Si Telesforo! ¡esto es hecho!

*Vase don Telesforo precipitadamente por el fondo.*

## ESCENA XII

DON QUINTIN, luego PERICO y PEPA

¡No quepo en mí! ¡El placer  
embarga mi corazón!  
¿quién más feliz que Quintin!  
¿quién más dichoso que yo!

*Salen Pepa y Perico por el fondo.*

PERI. Buenos días. don Quintin.

PEPA. Ya estamos aquí, señor.

QUIN. ¡Bravo. muy bien chiquititos!

(¡Ay, qué remononos son!)

¿Y que tal el paseito  
que habeis dado asi, los dos?

PEPA. Muy bien.

PERI. Muy requetebien.

QUIN. Y por supuesto, el amor  
habrá sido vuestro tema,  
ó vuestra conversación.

PERI. Si, señor. ¿Verdad Pepita?

PEPA. Es cierto.

PERI. Cualquier asi  
lo comprende, sabedor  
del cariño que os teneis.

PEPA. (Siento una grata emoclón...)

PERI. (¡Pepita, cuánto te quiero!)

PEPA. (Ya sabes que tuya soy.)

QUIN. Mira, Pepa: vé á mi cuarto  
y arréglalo.

PEPA. Bien, señor.

*Vase Pepa seguida de Perico.*

QUIN. ¡Tu no te muevas de aqui,  
que te necesito yo!

### ESCENA XIII

Dichos, menos PEPA

QUIN. Desocúpame esta mesa  
y tráeme aquí veloz,  
tintero, papel y plumas.

*Perico recoge lo de la mesa y se lo lleva.*

Voy á escribir á mi amor.  
¡Oh, musas del dios Apolo,  
concededme inspiración!

*Sale Perico trayendo lo indicado y lo pone sobre la mesa.*

PERI. Don Quintin, ¿manda otra cosa?

QUIN. No me ocurre nada, no.  
Mientras estoy escribiendo,  
puedes barrer el salón.

*Vase Perico por la derecha.*

### ESCENA XIV

*Escribe pausadamente lo que sigue, recitándolo con la dificultad propia del que improvisa una poesía.*

«Ardiendo en inmensa llama,  
»sin poderme contener,  
»le pido á usted su querer.  
»su amor, que mi pecho inflama.  
»Me hirió usted en el corazón  
»con sus ojos flechadores,  
»y ahora, ¡ay! los dolores  
»son grandes, dan compasión.  
»Ya que usted, Carmen divina,  
»ha ocasionado mi mal,  
»compadézcase y formal  
»deme usted la medicina.  
»Si la mancha de una mora  
»con otra verde se quita,

»quite, bella Carmencita  
»el dolor que me devora,  
»correspondiendo á mi amor,  
»que usted misma me ha inspirado,  
»las flechas que me ha lanzado  
»me quitará con valor.

»Y devolviendo á mi ser,  
su salud y su alegría,  
»será usted, amada mía,  
»angel, médico y mujer.

»Adios, bella maravilla,  
»vendré á verla aquí, un instante.

»Su servidor y su amante,  
»yo: Quintín de Cascarilla.»

¡He tenido inspiración!  
Mi amor logrado veré;  
su tierno amante seré...

¡Hijo de Venus gachón!

¡Haz que se arroje en mis brazos  
llena de amor y ternura,  
Carmencita, esta hermosura  
divina, y en esos lazos,  
dame tu aljaba, Cupido,  
que embriaga de placer...

¡Qué yo sea su mujer!

¡Qué ella sea mi marido!

¡Haz que al recibir mi carta,  
sienta en todo su interior,  
la inmensidad del amor,  
con amorcillos en sarta!

¡Haz en fin, que cuando yo,  
llegue, le hable y le diga:

¡yo te adoro, dulce amiga!,  
que no me diga que no!

¡Gracias, musas del Parnaso!

¡Salve egregio sabio Apolo!

¡Si sopla bien dios Eolo,  
en breve tiempo me caso!

¡Siento en mí, un volcán deshecho!...  
¡Oh, Carmen! ¡Esta poesía  
mi corazón hoy te envía,  
que no me cabe en el pecho!  
¡Eres mi sola ambición,  
mi felicidad completa!  
¡Eres para tu poeta,  
alma, vida y corazón!

### ESCENA XV

Sale ENRIQUE vestido pobremente y con  
peluca y barba largas.

ENRI. ¡Salud, insigne empresario  
y caballero español!

QUIN. Dios os guarde. (¿quién será?)  
me parece buen señor,  
que ha equivocado la casa.  
No soy empresario yo.

ENRI. Usted me dispensará;  
pero yo soy un actor  
y necesito contrata.  
En horas que pique el sol,  
vendré aquí diariamente  
à ensayar una función.

QUIN. No se moleste usted, hombre;  
ya le he dicho. yo no soy...

ENRI. Para que vea mi garbo,  
mi gentileza y mi voz  
vibrando por el espacio...  
escuche esta relación:  
«Descúbrese el enemigo; (1)  
»fuego de Dios, y qué tropa!  
»¡Ya se mueven las escuadras!  
»¡Ya el general los exhorta

---

(1) Del drama *Más vale tarde que nunca*, original  
de don José Julián de Castro.

»á despreciar una vida,  
»como si uno tuviese oira!  
»Ya comienzan los cañones  
»á echar almendras tan gordas,  
»y ya trompetas y cajas,  
»á formar el cuadro tocan.  
»¡Aquí es ella, virgen santa!  
»¡Que nos matan! ¡que nos cortan!  
»¡Animo! ¡Nadie desmaye,  
»aunque en aquesta derrota,  
»le hagan los sesos tortilla  
»y los huesos pepitoria!  
¡Bom, bom, bim, bam, bum!  
»¿Qué ha sido esto?—¡No es cosa!  
»Una bala que á seis hombres  
»les hizo abrir mucha boca.  
»A uno sin brazos le dejan,  
»á otro las piernas le doblan,  
»á otro los ojos le sacan  
»y á otro envían por las postas.  
»¡Nadie afloje! ¡Mueran todos!  
»¡Cruja el parche y arda Troya!  
»¡Nuestro es el dia, muchachos!  
»¡A ellos, á ellos, que aflojan!  
»Qué batalla hemos ganado!  
»¡Buen suceso! ¡Gran victoria!»

QUIN. ¡Cuidado! ¡que me estropea  
este manoteo atroz!  
¡Su gentileza y su garbo,  
me marean... cómo hay Dios!

ENRI. En premio de mi trabajo,  
le pido á usted por favor,  
me regale este gran cuadro  
colgado en aquel rincón.

QUIN. ¡No puede ser!

ENRI. Pues, lo siento.  
de todos modos, señor,  
de aquí me lo llevaré.

*Enrique toma el cuadro.—Doña Quintin coje el bastón.*

- QUIN. ¡No se lo llevará, no!  
ENRI. ¡No ve usted que me lo llevo!  
QUIN. ¡Atrás, infame bribón,  
ó te suelto un garrotazo!  
¡Dame el cuadro, ó por quien soy...  
ENRI. ¡Paso!  
QUIN. ¿Lo quieres? ¡Pues sea,  
canalla! (1)  
ENRI. ¡Ahí vá!  
QUIN. ¡Por...  
favor!... ¡Me ahogo!... ¡A mí, á mí!...  
ENRI. ¡Al campo don Nuño voy!

*Vase precipitadamente por ei fondo.*

## ESCENA ÚLTIMA

PERICO y PEPA salen corriendo por derecha é izquierda, respectivamente.

PERI. ¡Don Quintín! ¿qué tiene usted?

PEPA. ¿Qué le ha pasado señor?

QUIN. ¡Seguid!e, cojedle, atadle!  
¡Perseguid á ese ladrón!

*Pepa y Perico se dirigen á la puerta del fondo. Don Quintín sigue entre el marco del cuadro, con el brazo derecho levantado, armado del bastón.*

## FIN DEL ACTO PRIMERO

(1) *Dándole un garrotazo. Enrique lo recibe con el cuadro que rebienta al chocar con el bastón, y don Quintín queda cogido entre cuello y espalda por el marco. Forcejea para quitárselo y no puede.*

## ACTO SEGUNDO

---

Gabinete de estudio en casa de don Telesforo, con su correspondiente librería, mesa escritorio, papeles, tintero, plumas, sillas, etc.

### ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparecen DON TELESFORO y CARMEN.

TELES. Pues, sí, hija, yo he pensado que don Quintín te conviene, cástate con él, y sé tan feliz como mereces.

CAR. ¡No quiero à ese viejo chocho!  
¡No prosiga con sus trece!  
Yo jamás me casaré sino con Enrique, ¿entiende?

TELES. ¿Volvemos à las andadas?  
¡Caprichosilla!... ¿y tu crees, que ese Enrique, ese gahnápiro. te hará feliz?... Niña, atiende:  
Un joven, ve el porvenir sonrosado y esplendente; tiene su cabeza à pájaros y sus pies entre serpientes.  
Digo yo, quiero decir,

que la juventud se cree  
que en el mundo todo es broma;  
no piensa más que en placeres,  
no repara, no medita  
ni en los males ni en los bienes  
que le pueden reportar,  
sus acciones del presente.  
Un joven, es calavera,  
sino sirve, si no puede,  
para marido, un tronera  
que en sus vicios se entretiene.  
Yo he sido joven, y sé  
lo que juventud es, y ese...  
quizás te engaña y se burla  
de tí, paloma inocente.

CAR. No diga más tonterías,  
no formule más sandeces,  
Enrique es un buen muchacho  
y todo mi amor merece.

TELES. Pero niña, reflexiona,  
escúchame bien y créeme;  
otorga el sí á don Quintín.

CAR. ¡Eso jamás, no lo espere!

TELES. ¡Vaya, no repliques, niña!  
Mi amigo bien se merece  
tu mano.

CAR. Si, ya lo creo!  
¡Vaya al diablo ese vejete,  
que pronto andar no podrá!  
Yo jamás podré quererle.  
Pretende ser un muchacho  
y ya setenta años tiene.  
Solo á mí me inspira risa,  
si me parece un pelele,  
con su facha y sus maneras...  
¡Fastidioso viejo verde!

TELES. Niña, no seas así;  
á don Quintín no desprecies

que es buen mozo.

CAR. Si, un pimpollo  
que, sujeto á la intemperie,  
el tiempo lo ha carcomido  
antes de que floreciese.  
Un mocito retrechero  
ò mejor, un mequetrefe,  
un tipo apergaminado  
nacido en el año veinte.

TELES. ¡Mi palabra está empeñada!

CAR. También la mía y merece...

TELES. ¡Que me obedezcas humilde!

CAR. ¡Si mi corazón no puede!...

TELES. ¡No importa, le das tu mano!  
¡Niña más desobediente!...  
Me voy á dar un paseo;  
y ver á Enrique no intentes.  
Don Quintín aquí vendrá  
á hablar contigo, á ofrecerte  
su amor y pedirte el sí.

CAR. ¡Que espere al siglo que viene!

TELES. ¡Te casarás con Quintín!  
¡Te lo mando! ¡Impertinente!

CAR. ¿No vé usted que no es posible?  
¡Si no sirve, si no puede!

TELES. ¡Te casarás, si señor!

CAR. ¡No señor, que no lo intente!  
¡Qué pesado es usted padre!

TELES. Niña, ¡cuán ligera eres!...

*Vase por el fondo.*

## ESCENA II

CARMEN sola.

¡Qué suplicio, Dios eterno!  
¡Cuán desgraciada me hacen,  
el amor de don Quintín  
y el proyecto de mi padre!

Si él se opone fuertemente,  
que con Enrique me case,  
le obedeceré sumisa,  
sacrificaré al instante  
mi amor, más no me uniré  
con don Quintín ni con nadie.  
No cedo, ya estoy resuelta;  
es mi plan irrevocable.

### ESCENA III

Dicha y ENRIQUE por el fondo, vestido de etiqueta,  
con patillas postizas y lentes negros.

ENRI. Ya estoy aquí, Carmencita.

CAR. ¿Quién es usted?

ENRI. ¿No lo sabes?

*Quitándose los lentes.*

CAR. ¡Enrique! me has asustado,  
¿qué es esto? ¿por qué ese traje  
y esas patillas postizas?  
Pareces un comediante.

ENRI. Me vestí de esta manera  
para engañar á tu padre.

CAR. ¡Oh! ¡cuán desgraciados somos!  
¡Enrique, tu no lo sabes!  
con don Quintín Cascarilla,  
mi papá quiere casarme.

ENRI. ¡Vaya, vaya, con los viejos  
que se vuelven niños, Carmen!  
Tu no debes afligirte,  
porque al fin nuestros afanes  
obtendrán un feliz término,  
premiados con nuestro enlace.

CAR. ¿Qué haremos, querido Enrique,  
para lograr cuanto antes,  
que nuestras dos puras almas  
puedan libremente amarse?

ENRI. Le dices á don Quintín

que le aceptas como amante,  
accediendo á sus deseos  
y á los de tu amado padre.

CAR. Así lo haré, Enrique mío.  
¿Me quieres?

ENRI. ¡Pues no he de amarte,  
si he cometido por tí  
un enorme disparate!

CAR. Dime, ¿que hiciste?

ENRI. Al instante.

CAR. ¡Ya caigo! Hablarás del cuadro  
que mi papá por casarte  
conmigo, exigió. ¿verdad?

ENRI. Pues don Quintín al negarme  
la pintura del apóstol,  
me dijo con mal talante:  
¡Váyase usted, don dinero!  
Me dejó solo. Vengarme  
fué mi primera intención.  
La segunda, fué robarle...

CAR. Pero Enrique...

ENRI. Ya ves niña,  
si ya te lo he dicho antes,  
que por tí fuera capaz  
de hacer cualquier disparate.  
Don Quintín con valentía,  
impidió me lo llevase.  
Un bastón alzó furioso  
y se decidió á pegarme.

CAR. ¿Te pegó?

ENRI. No, Carmencita.  
Me puse el cuadro delante  
y con él me paré el golpe  
que don Quintín iba á darme,  
y el cuadro quedó en su cuello,  
cual toisón de un gran magnate,  
y yo viendo que gritaba,  
me puse á correr á escape,  
y así pude conseguir

sin riesgo alguno, salvarme.

CAR. ¿Y qué debemos hacer,  
en tan apurado trance?  
¡Qué la virgen nos inspire!  
¡Jesús nuestro amor ampare!

ENRI. Ya te lo diré. Ahora  
Lo que nos importa, Carmen,  
es estudiar el papel  
como buenos comediantes.

CAR. Pero, Enrique...

ENRI. No hay remedio.  
Todo irá bien, si tú sabes  
fingir que sientes cariño  
por don Quintín...

CAR. ¿Y á mi padre?

ENRI. Verdadera sumisión  
debes en todo mostrarle.

CAR. ¿Y tú?...

ENRI. Yo me quedo aquí  
para mejor engañarles,  
fingiendo cualquier pretexto  
y al fin la amistad captarme  
de tu papá.

CAR. Pues Enrique,  
yo nada puedo negarte,  
cúmplase tu voluntad.

ENRI. Eres Carmen adorable.

CAR. Enrique mío, me voy,  
juntos no nos vea nadie.  
Adios, adorado Enrique.

ENRI. Adios, dulcísima Carmen.

*Vase por la derecha.*

## ESCENA IV

ENRIQUE solo.

Bueno: Ya estamos aquí  
para empezar la comedia.  
Aguardemos al papá,

que tranquilo se pasea.  
Me conviene meditar,  
ya que un buen rato me queda,  
mientras le estoy esperando.  
¡Caramba! ¡valiente idea!  
le diré que soy un médico  
de una gran inteligencia,  
magnetizador, frenólogo,  
que vengo desde la Meca,  
para ver y examinar  
su extraordinaria cabeza.  
Que también soy cirujano,  
sangrador y saca-muelas,  
homeópata distinguido  
y alópata, etcétera, etcétera.  
¡Cálle! ¡ruido de pisadas!  
¿Si será el que aquí llega,  
don Telesforo Sarmiento?...  
¡Sí, es el mismo! Ya está cerca.  
Me sentaré en esta silla  
que está al lado de la mesa.  
¡Ah, un libro abierto encima!  
Fingiré leer... La puerta  
se abre... El ya está aquí.  
¡Sucedá lo que sucedá!

## ESCENA V

Dicho y DON TELESFORO por el fondo.

TELES. La campiña es deliciosa;  
¡qué exhuberante floresta!  
¡qué vegetación! No hay duda:  
la Agricultura progresa.  
Este año, estoy seguro,  
tendremos buena cosecha;  
ha hecho tiempo excelente  
desde que se hizo la siembra.  
¡Más cálle! aquí un caballero.

¿Quién será?... Sea el que sea.  
Buenas tardes, señor mio.

*Se levanta.*

ENRI. Muy buenas. ¿Cómo se encuentra?

*Se dan las manos.*

TELES. Perfectamente, y espero  
me dirá usted, con franqueza,  
á qué debo yo el honor  
de su visita.

ENRI. Respuesta  
difícil de contestar.

Soy un médico famoso,  
que he dado toda la vuelta  
al mundo, estudiando Física,  
Botánica y otras ciencias  
naturales. La Escultura  
me entusiasma, me deleita;  
la Frenología á mi,  
me absorbe toda la testa,  
y he estudiado tanto y tanto,  
que sé más que la Gaceta.

TELES. ¡Hombre! yo celebro mucho  
conocer tal eminencia;  
pero aguardo todavía  
que me diga...

ENRI. La respuesta  
voy á dársela al momento.  
Un servidor, en la Meca  
estaba estudiando. Allí  
me habló mi amigo Fabreja,  
que me dijo: «Vaya usted  
á España, al pueblo de Rejas,  
y conocerá á un señor,  
que tendrá unos sesenta  
años, hombre extraordinario  
y sabio en todas las ciencias,  
llamado, creo me dijo...  
don Telesforo Sarmienta.

TELES. Sarmiento, le dijo á usted.

ENRI. Esto es, Sarmiento, (á secas.)  
Pues he llegado á esta villa,  
y enterado ya en la venta,  
de que vivia usted aqui;  
he venido, con las señas  
que me dieron apuntadas;  
hallando abierta la puerta,  
entro y no encontrando á nadie.  
me siento cerca esta mesa,  
y leyendo este gran libro,  
he aguardado á que viniera,  
para ofrecerle á usted, amable,  
con mi peculiar franqueza,  
mi amistad y mis estudios,  
mis servicios y mi ciencia.

TELES. Hombre, agradezco á usted mucho  
sus ofrecimientos, esta  
casa y mi amistad le ofrezco,  
para todo lo que pueda  
ayudarle á investigar  
en misterios de las ciencias.

ENRI. Tanto favor me alucina.  
Permita, señor Sarmienta...

TELES. Sarmiento.

ENRI. Digo, Sarmiento,  
que le abraze á usted.

TELES. Pues, sea.  
Somos amigos: hoy quiero  
que se siente usted á mi mesa.

ENRI. Aunque sea en una torre  
me sentaré si desea.

TELES. ¡A já! bromista es usted.

ENRI. Muchas gracias. Su cabeza  
le deseo examinar.  
Todo el caracter que encierra,  
voy á sacar de su cráneo,  
es decir, de su mollera.  
Un examen frenológico.

TELES. Sentémonos á la mesa  
y estudiaremos mejor.  
Esta ciencia me recrea.

ENRI. ¡Gloria al insigne Cubí,  
á Gall, Spurzehim, Llovera!

TELES. ¡Gloria á la Frenología!

ENRI. Empiezo. ¡Quién lo dijera!  
¿un hombre ya de su edad,  
y amatividad tremenda!

TELES. Se dan casos...

ENRI. ¡Se ven cosas!...

TELES. Sí, donde menos se piensa...

ENRI. ¡Qué testarudo es usted!  
permita la frase esa.

TELES. No cabe duda, lo soy.

ENRI. ¡Gran cabeza! ¡gran cabeza!  
Desarrollo intelectual,  
superior, con gran cautela,  
destruictividad bastante;  
es usted hombre de guerra.

TELES. ¡Claro! he sido militar.  
Mi hoja treinta años cuenta  
de servicios á la patria.  
Me retiré á los sesenta  
años, lleno ya de gloria,  
de heridas y de pesetas.  
Fuí soldado, fuí sargento;  
También llevé charreteras,  
y llegué hasta comandante  
y me retiré á mi hacienda.  
Aqui vivo con mi hija,  
que apenas veinte años cuenta,  
y me ha pedido su mano  
para casarse con ella,  
don Quintin de Cascarilla.

ENRI. ¿Con su mano?

TELES. No, hombre. ¿Empieza  
ya con bromitas? Escuche:  
con mi hija, Usted atienda.

Como ha venido á pedírmela  
él que es amigo de veras  
de la infancia...

ENRI. ¿De los niños?

TELES. No, hombre; si usted me enreda  
no se lo podré explicar.

Emplearé otra manera.

Digo que él es mi amigo,  
que en la edad de la inocencia,  
me acompañaba en los juegos;  
fuimos á una misma escuela  
á estudiar la doctrina.

los números y las letras  
y los nombres de animales  
y el nuestro, etcétera, etcétera.

ENRI. Comprendido: siga usted,  
la relación me interesa.

TELES. Pues, amigo, considero  
como deber de conciencia,  
casar á mi hija con él;  
es hombre que vale prendas  
y creo la hará dichosa.

¿Qué le parece mi idea?

ENRI. Acertada por demás.  
Es usted una eminencia.

TELES. ¿Me trata usted de montaña?

ENRI. No, amigo, ¿quién así piensa?  
Digo que es usted un hombre  
de una gran inteligencia.

TELES. Vamos á dar un paseo  
y le enseñaré mi hacienda.

ENRI. Vamos, pues, amigo insigne.  
(Ya verás cuanto le cuesta  
el haberme conocido.)

TELES. En marcha, pase la puerta.

ENRI. Usted primero, señor.

TELES. No, usted.

ENRI. Usted...

TELES. Pues, sea.

(El chico vale un tesoro;  
me enamora su fineza.)

*Vanse por el fondo.*

## ESCENA VI

CARMEN, luego PERICO con una carta.

CAR. Mi papá ha vuelto á salir;  
va con mi novio. Veremos  
que resultado dará  
tanta trama y embeleco.

*Sale Perico por el fondo.*

PERI. Dios guarde á usted, señorita.  
Mi amo, el señor del Cerro,  
me encargó que le entregara  
con mucha urgencia este pliego.

CAR. ¿Es don Quintín Cascarilla?

PERI. Si señora, el mismo.

CAR. Bueno.

PERI. Con su venia me retiro.

CAR. Dale un millón de recuerdos.

PERI. Muy bien, será usted atendida.

*Vase.*

CAR. Adiós. Veamos que es esto.

## ESCENA VII

CARMEN abre la carta y lee:

«Ardiendo en inmensa llama,  
»sin poderme contener,  
»le pido á usted su querer,  
»su amor, que mi pecho inflama.  
»Me hirió usted en el corazón  
»con sus ojos flechadores,  
»y ahora, ¡ay! los dolores  
»son grandes, dan compasión.  
»Ya que usted, Carmen divina,

»ha ocasionado mi mal,  
»compadézase y formal  
»deme usted la medicina.  
»Si la mancha de una mora  
»con otra verde se quita,  
»quite, bella Carmencita  
»el dolor que me devora,  
»correspondiendo á mi amor,  
»que usted misma me ha inspirado,  
»las flechas que me ha lanzado  
»me quitará con valor.  
»Y devolviendo á mi ser,  
su salud y su alegría,  
»será usted, amada mía,  
»angel, médico y mujer.  
»Adios, bella maravilla,  
»la veré dentro un instante.  
»Su servidor y su amante,  
»yo: Quintín de Cascarilla.»  
¡A já, já! ¡cuánta tontada!  
¡El viejo está bien chiflado!  
Esta carta me ha inspirado  
seguir la broma pactada.  
El ya no puede tardar;  
le aguardaré aquí escondida,  
y al verle saldré en seguida  
sus sandeces á escuchar.

### ESCENA VIII

Dicha escondida y á poco DON QUINTIN, vestido con traje de etiqueta antiguo, todo lo más extravagante que se pueda.

Estoy en la incertidumbre...  
¿Carmencita, me amaré?  
En fin, ella lo dirá.  
Sentiré gran pesadumbre  
si no muestra inclinación

por mí, que tanto la quiero...  
Mas... ¡Ahí viene el salero!...  
¡Ay! ¡detente, corazón!

*Sale Carmen.*

Beso sus pies, señorita,  
celebro siga usted bien.

CAR. Mil gracias, usted también...

QUIN. Sigo bueno. ¿Mi visita  
es para usted importuna?

CAR. Don Quintín, muy al contrario,  
me es muy grata.

QUIN. (¡Qué fortuna!)

CAR. (¡Qué viejo más ordinario!)

QUIN. Usted sabrá á lo que vengo,  
si mi carta ha recibido.

CAR. Hace un rato la he leído,  
y aquí en el pecho la tengo.  
Y por cierto está muy bien,  
estaba usted inspirado;  
su escrito me ha transportado  
á las puertas del Edén.

QUIN. Señorita, la verdad  
en su rostro se retrata,  
si no me quiere me mata;  
suprema felicidad  
gozaré, si como anhelo,  
corresponde á mi cariño,  
que es en mi alma de niño,  
débil reflejo del cielo.  
Suplicante yo le pido,  
puesta en Dios la confianza,  
me dé un rayo de esperanza,  
que no me eche al olvido.  
De su boca purpurina  
salga una palabra tierna  
que me diga, será eterna  
la pasión que en mí germina;  
que por tí vivo no más,  
que te consagro mi vida...

en mí la dicha cumplida  
para siempre lograrás.

CAR. ¡Don Quintín encantador,  
no le puedo resistir,  
yo no podría vivir  
sin ofrecerle mi amor!

QUIN. ¿Estoy soñando ó despierto?  
¿Es tan grande mi ventura?  
¿Yo dueño de su hermosura?  
¿Carmencita, es esto cierto?

CAR. ¿Dudará de la certeza  
del amor que siento aquí?  
¿Puede usted dudar del sí,  
que le he dado?

QUIN. Mi cabeza  
turbada por la pasión,  
no piensa ni reflexiona...  
¡Oh, Carmen! ¡una corona  
le pusiera en galardón!  
¡Yo estoy loco de alegría!  
¡Yo no sé lo que me digo!  
¿Hoy tanta gloria consigo?  
¿Hoy tal dicha... Amada mía,  
permita que arrodillado  
haga á usted mi amor notorio,  
y cual otro Juan Tenorio,  
me ponga á sus pies postrado.

CAR. Mi permiso es por demás,  
no puedo negarle nada.

QUIN. ¿Qué escucho? ¡Carmen amada!

CAR. No me negaré jamás:  
dueño es de mi albedrío.  
Yo no me puedo oponer,  
porque mi alma, mi ser,  
¡suyo es siempre, suyo!

QUIN. ¡Mío!...  
Escucha, pues, sin temor,  
ven, descansa en esta silla,  
y verás que Cascarilla

siente más y ama mejor,  
que el Tenorio de Zorrilla.  
Tu faz, llena de candor,  
tus mejillas sonrosadas,  
tus ojos, con sus miradas,  
infunden grato calor  
à mis fuerzas ya cansadas.  
¡Carmen mía! ¡dulce encanto!  
Al oír tu grata voz,  
un movimiento veloz,  
un impulso, puro, santo,  
al par que bello, feroz.  
me destroza el alma mía,  
me da risas, me da llanto,  
y en tristezas y alegría,  
entre placer y quebranto,  
sigo su grata armonía.  
Sin tí no puedo vivir,  
porque tú eres mi vida,  
solo no verte, es morir,  
ángel, flor, perla querida.  
Y si Tenorio al decir:  
«La barca del pescador  
que espera cantando el día...»  
de seguro, no sentía  
la inmensidad del amor  
que yo siento, vida mía.  
Soy galante, seductor,  
soy firme, constante y fiel,  
yo siento con más ardor,  
y sin decir como él:  
«¿No es verdad, ángel de amor,  
que en esa apartada orilla,  
más pura la luna brilla...»  
*Se levanta.*  
y con su valor notorio,  
¡no hará nunca Juan Tenorio,  
lo que Quintín Cascarilla!

CAR. ¡Ay, don Quintín! ¡mi pasión,

cifra en usted su ventura!

QUIN. ¡Oh, bellisima criatura!  
¡Oh, Carmen del corazón!  
Mi pecho con furia late,  
cual inmenso torbellino,  
cual las aspas de un molino;  
nada su violencia abate.  
Solo tu amor, como el viento,  
le presta mayor impulso,  
y me deja tan convulso,  
¡que ya no sé lo que siento!

CAR. ¡Don Quintín, luz de mi amor!

QUIN. ¡Lucero de las mañanas!  
Créeme, yo tengo ganas  
de abrazarte.

CAR. ¡No señor!  
¡No haga tal, pues mi decoro,  
vale muchísimo más!

QUIN. Es sabido por demás,  
tiene más valor que el oro;  
pero entre enamorados,  
es permitido abrazar...

CAR. Condúzcame usté al altar.  
Cuando seamos casados..

QUIN. ¡Sí, después habrá de todo,  
por la izquierda y la derecha!  
Pero, escrúpulos desecha,  
y abraza...

*Va á abrazarla y ella se lo impide.*

CAR. ¡De ningún modo!

QUIN. A tu divino galán.  
¡Ten compasión, querubín!  
¡Qué está ardiendo tu Quintín,  
como el cráter de un volcán!  
¡Te lo pido por favor!

*Repiten la misma acción.*

CAR. ¡No insista, no puede ser!

QUIN. ¡Por Jesucristo, mujer!...

CAR. ¡No quiero, no!

*Don Quintín va á abrazarla; ella se dirige corriendo á su cuarto, cierra y le da con la puerta en las narices.*

QUIN. ¡Ay! ¡qué dolor!

## ESCENA IX

DON QUINTIN cubierto el rostro con ambas manos, se pasea azorado y al llegar al foro tropieza con PERICO que entra deprisa.

QUIN. ¡Ay! ¡querido Telesforo!

PERI. ¡Qué Telesforo ni cuerno!

*Levantándose y ayudando á don Quintín.*

PERI. ¿No ve usted que soy Perico?

QUIN. ¿Tú, Perico?

PERI. ¿Está usted ciego?

QUIN. Ahora te conozco, gracias.

¿Me he manchado el traje nuevo?

PERI. Se ha puesto un poco de polvo en el frac.

QUIN. ¿Y en el chaleco?

PERI. Algo de polvo también.

QUIN. Quítalo con el pañuelo.  
Sacude los pantalones.

PERI. ¡Pero, si no hay nada en ellos!  
Inclínese la peluca,  
algo hacia el lado derecho.

QUIN. ¿Así?

PERI. Así bien está.

¡Pero, don Quintín! ¿qué veo?

QUIN. ¿Qué ves?

PERI. Nada, la nariz  
que le crece por momentos,  
y está tan coloradota  
como un chorizo extremeño.

QUIN. No tanto, no tanto, amigo.  
No exageres.

PERI. No exagero.

- ¿Le han dado á usted un mal golpe?
- QUIN. ¡Qué me han de haber dado, necio!  
Si alguien lo hubiera intentado,  
estaría á mis pies muerto.
- PERI. No dudo que antes lo hiciera,  
cuando estaba en su apogeo,  
pero hoy...
- QUIN. ¡Pues hoy, lo mismo!  
¡Aún hay valor en mi pecho!
- PERI. En fin, bueno, ¿pues qué ha sido?
- QUIN. ¡Y qué demonio de empeño  
en saber la causa!
- PERI. Hombre,  
por sus males me intereso,  
lo mismo que por sus bienes.
- QUIN. Satisfaré tus deseos:  
Estábame allí sentado  
y se me cayó el pañuelo.  
Cuando lo quise cojer  
dí un testarazo soberbio  
en la mesa, que me hizo  
quedar casi casi ciego.
- PERI. ¿Fué esto cuando yo entré?
- QUIN. Sí, en aquel mismo momento.  
Más hablemos de otro asunto;  
ya no serás mi heredero.
- PERI. ¿Por qué? Tal vez no he cumplido...
- QUIN. Sí, de tí estoy satisfecho.
- PERI. ¿Acaso Pepa?...
- QUIN. No, hombre.
- PERI. Pues don Quintín, no comprendo...
- QUIN. Yo te lo diré: me caso.
- PERI. ¿Se casa usted? ¿Está en su centro?
- QUIN. Estoy; no he bebido amigo.
- PERI. Pues bastante vino añejo  
quitó usted de las botellas.
- QUIN. Un poco para el almuerzo.  
Mi idea, ¿qué te parece?
- PERI. Desacertada en extremo.

QUIN. ¿Tú te has propuesto enfadarme?

PERI. Solo digo lo que siento.

QUIN. Te escuece lo de la herencia.

PERI. La herencia me importa un bledo.

¿No ve usted que es á su edad

un solemne desacierto,

querer casarse? ¿No vé,

que vivirá un solo invierno,

pues el reuma, usted bien sabe,

que no le deja un momento?

QUIN. ¡Cállate ya y no te oiga!

Mira, si casarme intento,

es porque quiero dejar

un hijo por heredero.

PERI. ¿Un hijo? Ha de ser que marche

á comprarlo usted á Burdeos.

QUIN. ¡Perico, tu ya me cargas!

Es mi único deseo,

no se pierda el apellido

noble y antiguo que llevo.

PERI. Haga lo que quiera, á mí

no me importa, más entiendo

que no debe usted casarse.

QUIN. ¡Vuelta á la misma?

PERI. Lo cierto.

QUIN. Pues mira. á tí no te importa

cuanto yo hago, mostrenco,

y prometo que si vuelves

á contrariar mis deseos,

te echaré de casa, ¿estás?

y de vuestro casamiento

ya no seré yo el padrino.

PERI. Don Quintín, no haga usted esto.

Perdóneme.

QUIN. Ya lo estás.

PERI. Bueno, dígame usted al menos

quien es la novia elegida.

QUIN. Carmencita.

PERI. Está usted fresco,

- porque tiene usted un rival  
rico, muy joven y apuesto.
- QUIN. El rival ya está vencido.
- PERI. (Está loco.)
- QUIN. Ve corriendo  
á avisar á Telesforo,  
que aquí sentado le espero.
- PERI. Así lo haré, don Quintín.  
Dios guarde á usted.

*Vase.*

- QUIN. Hasta luego.

## ESCENA X

DON QUINTÍN solo.

Me encuentro muy fatigado,  
me duelen todos los huesos,  
y la nariz que del golpe  
me escuece que es un contento.  
Vaya, vaya, con la niña,  
de qué manera me ha puesto  
porque he querido abrazarla.  
Lo que hice está muy feo,  
me adelanté demasiado,  
más por eso llevé el premio.

## ESCENA XI

Dicho DON TELESFORO y ENRIQUE.

- TELES. Adiós, amigo Quintín,  
¿qué tal, que dices de nuevo?
- QUIN. De nuevo? que desde hoy  
puedes ya llamarme yerno.
- TELES. ¿Hablaste con Carmen?
- QUIN. Sí.
- TELES. Y qué, ¿consintió?
- QUIN. ¡Al momento!

TELES. ¡Pues querido yerno, aprieta,

QUIN. ¡Aprieta, querido suegro!

TELES. ¿Qué tienes en la nariz?

QUIN. (¿También este?) Qué, ¿qué tengo?

TELES. Parece que se te ha hinchado.

QUIN. Yo te explicaré que es esto:

Ayer al ir á acostarme  
puse un pié en falso y al suelo  
dí conmigo lastimándome  
por varias partes del cuerpo.

TELES. Pues hoy cuando fuí á tu casa  
no reparé nada.

QUIN. Bueno,  
no se había hinchado aún.  
Mas de otras cosas hablemos.

TELES. Quintín, quiero presentarte  
á un inteligente médico,  
que ha venido de la Meca  
para verme, nada menos.  
¡Doctor!

ENRI. A su orden, ¿qué hay?

TELES. Presento á usted á mi yerno  
don Quintín de Cascarilla,  
de quien le hablé hace un momento.

ENRI. Mucho me honra el conocerle.

QUIN. De conocerle me alegro.

TELES. El señor es un doctor  
de extraordinario talento.

ENRI. Esto es favor.

TELES. Es justicia.  
Probé sus conocimientos.

QUIN. Lo creo.

TELES. Si es la verdad.

ENRI. Bueno don Quintín, yo veo  
que tiene usted la nariz  
muy colorada y es esto  
resabios de un sabañón  
que tuvo el pasado invierno.

QUIN. ¿Un sabañón?

ENRI. ¿Qué le extraña?

QUIN. Si esto es de un golpe tremendo que dí ayer.

ENRI. Más en mi abono.  
Es que al golpe se le ha puesto humores del sabañón.

QUIN. ¡Y dale!

ENRI. Le haré un unguento que le curará enseguida.

QUIN. Muchas gracias. (¡Vaya un médico!)

TELES. Voy á decir dos palabras:  
Tendré yo un placer inmenso si esta noche y en la mesa puedo á mi lado tenerlos.

ENRI. De tanto honor no soy digno.

QUIN. Pues Telesforo, yo acepto.

TELES. ¿Usté aceptará, doctor?

ENRI. Por no hacer á usté un desprecio.

TELES. ¿De manera que los dos?...

QUIN. Aceptamos.

TELES. Muy bien hecho.

## ESCENA XII

Dichos y PERICO que entra corriendo.

PERI. ¡Don Quintín!

QUIN. ¿Qué, qué, qué ocurre?

PERI. ¡¡La hacienda se pega fuego!!

QUIN. ¿Qué oigo? ¡¡San Cucufate!!

TELES. ¿Qué escucho?

QUIN. ¡¡¡Vamos corriendo!!!

PERI. ¡Vamos, señor don Quintín!

TELES. ¡Vamos amigo al momento!

## ESCENA XIII

ENRIQUE y CARMEN.

CAR. ¿Enrique, qué ha sucedido?

ENRI. Nada, dicho en una frase,

Ha sido que yo y Perico,  
tramamos el desenlace.  
Propalamos la noticia  
que la gran hacienda arde  
de don Quintín Cascarilla,  
siendo una mentira, Carmen,  
á fin de poder hallar  
una ocasión favorable  
para decirte, bien mío:  
¡Huyamos de aquí al instante!

CAR. Pero Enrique, ¿no hay un medio,  
mejor, sin que yo me escape,  
dejando con gran dolor  
á mi amantísimo padre?

ENRI. ¡Otra cosa se me ocurre  
más fácil de realizarse!

CAR. Dime, ¿qué?

ENRI. Ya lo verás.  
Mira, escribe tú al instante  
una esquela á don Quintín  
y otra para tu padre  
diciéndole que te escapas  
con tu idolatrado amante,  
y á don Quintín, que fué falso  
el amor que le juraste.

*Carmen escribe precipitadamente las dos esquelas  
y las deja abiertas sobre la mesa.*

CAR. Ya está.

ENRI. Ciérrate en tu cuarto.  
No salgas hasta que llamen.

CAR. ¿Y tú?

ENRI. Yo me quedo aquí,  
no tengo por qué ocultarme.

CAR. ¿Y después?

ENRI. Después veremos  
de hacer pronto y bien las paces.

CAR. ¡Enrique, adiós, amor mío!

ENRI. ¡Adiós, Carmen adorable!

*Vase Carmen.*



TELES. ¡Qué vergüenza! ¡qué ignominia!

QUIN. ¡Qué calabaza me ha dado!

*Quedan silenciosos un rato. Luego, aparentando sangre fría, dice*

QUIN. Pero, Telesforo amigo:

¿cómo hemos de arreglarlo?

Si ellos se quieren bien,

vé á buscarlos pronto y cásalos.

TELES. ¡Si yo me tengo la culpa  
de todo lo que ha pasado!

¡Hija mía de mi alma!

¡ven, arrójate á mis brazos,

y cástate cuando quieras,

con tu amante idolatrado!

*Sale precipitadamente Carmen, y se lanza en los brazos de su padre.*

CAR. ¡Padre mío!

TELES. ¡Hija adorada!

¿dónde está tú Enrique?

ENRI. Acaso

no esté muy lejos de aquí.

TELES. Que se presente pues, vamos.

ENRI. ¡Si soy yo, don Telesforo!

*Quitándose los lentes y las patillas.*

TELES. ¡El doctor!

QUIN. ¡Vaya, qué chasco!

TELES. ¡No te hubiera conocido!

Vamos, chico, la has ganado,

y también mis simpatías

inspiradas por tu trato.

Y dispensadme los dos:

viejos, no nos acordamos

que hemos sido también jóvenes.

QUIN. Y nos suceden fracasos.

Apropósito, ¿es usted,

quien destrozó mi gran cuadro?

ENRI. ¿Cómo? ¿qué, se lo rompieron?

CAR. ¡Lástima!

QUIN. (Si no me engaño,

por el timbre de la voz,

parece á aquel bribonazo.)

TELES. ¡Era un tan precioso lienzo!

¿cómo lo rompieron? ¿cuándo?

QUIN. ¡No hablemos más del asunto,  
porque estoy dado á los diablos!

Eso y el chasco de tu hija.  
me está muy bien empleado.

PERI. ¡Ya se lo dije, señor!

QUIN. ¡Sí, chico y merecen palos  
todos los viejos que quieran  
casarse!

TELES. ¡Hombre, está claro!  
¿A quién se le ocurre!

QUIN. ¡Vamos,  
no te alabes Telesforo,  
que hemos hecho un buen emplasto!  
Me voy á tomar el sol.  
¡Qué se diviertan! ¡me largo!

CAR. Don Quintín. ¿sin despedirse  
de este público ilustrado?

QUIN. Es verdad. Está ya visto,  
parece que estoy borracho.  
Respetables concurrentes  
de este elegante teatro:  
yo de ustedes me despido,  
abatido en mi entusiasmo.  
Nada á pedirles me atrevo,  
hoy para mí es día aciago,  
todo me sale al revés  
y presiento un gran fracaso.  
Por mis dignos compañeros.  
les solicito un aplauso.

.FIN DE LA COMEDIA





PUNTO DE VENTA:

En casa de su autor, S. José 1, Mahón.

Precio: una peseta.